

Maika Ávila

LIT-  
ERA

# CONCILIADA QUE

Del engaño de la conciliación al cambio real

Maika Ávila

**Conciliaqué.  
Del engaño de la conciliación  
al cambio real**

Con entrevistas a:

Álvaro Bilbao  
Carlos González  
María Jesús Álava  
Marta Sanz  
Teresa Castro  
Rosa Jové  
Leila Guerriero  
María Pazos  
Patricia Merino  
Ibone Olza  
Beatriz Gimeno  
Carolina del Olmo  
José Luis Casero  
Marga León

**LIT-  
ERA**

*A Carmen que me dio la vida,  
a Clara que me ilumina cada día,  
a Sebas por ser el amor que nunca imaginé.*

© del texto: Maika Ávila, 2019

© de las imágenes: los autores

© de la edición:  
Litera libros, 2019  
C/ Sant Josep 45  
46550 Albuixech  
[www.literallibros.com](http://www.literallibros.com)

Dirección creativa: Ladies & Gentlemen

Corrección: Ana Valero

Impresión: Gràfiques Vimar

ISBN: 978-84-948439-8-3  
Depósito legal: V-944-2019  
Impreso en España

## Índice

- 13 **Capítulo 1**  
Yo concilio. Tú concilias. ¿Él concilia?
- 21 **Capítulo 2**  
¿Cómo voy a tener hijos si no puedo pagar el alquiler?
- 27 **Capítulo 3**  
¿Es una patraña el instinto maternal? Del paternal, ni hablamos
- 33 **Capítulo 4**  
«Me echaron simplemente por ser madre»
- 37 **Capítulo 5**  
«Si me quedo embarazada, es probable que pierda un ascenso»
- 41 **Capítulo 6**  
«No puede ser que te miren mal en el trabajo por querer estar con tu familia»
- 45 **Capítulo 7**  
El sindiós de los horarios laborales en España: de la comida con copa y puro al táper
- 51 **Capítulo 8**  
Enarbolar una bandera falsa de conciliación
- 57 **Capítulo 9**  
La rebelión de las madres cuquis y perfectas

- 63 Capítulo 10**  
Quienes no tienen hijos, castigados sin conciliar
- 69 Capítulo 11**  
Álvaro Bilbao, neuropsicólogo: «Tener hijos en España es ser un valiente»
- 87 Capítulo 12**  
Carlos González, pediatra: «Conciliar es poder llevarte al hijo al trabajo»
- 103 Capítulo 13**  
María Jesús Álava, psicóloga: «Aunque la legislación haya avanzado, ahora es más difícil conciliar que hace quince años»
- 121 Capítulo 14**  
Marta Sanz, escritora: «No sé si me quiero empoderar, hay que buscar otro término rápidamente»
- 141 Capítulo 15**  
Teresa Castro, demógrafa: «El problema es el trabajo precario, no que nazcan menos niños»
- 161 Capítulo 16**  
Rosa Jové, psicóloga: «Tengo la fórmula de la conciliación»
- 179 Capítulo 17**  
Leila Guerriero, periodista: «Querer tener un hijo compete por igual a un hombre que a una mujer»
- 197 Capítulo 18**  
María Pazos, matemática y activista (PPiiNA): «Feminismo o hecatombe»
- 213 Capítulo 19**  
Patricia Merino, antropóloga y activista (PETRA): «Los permisos iguales e intransferibles no eliminan la discriminación laboral de la mujer»
- 225 Capítulo 20**  
Ibone Olza, psiquiatra: «Ser madre no es lo mismo que ser padre, la biología es políticamente incorrecta»
- 243 Capítulo 21**  
Beatriz Gimeno, activista: «El instinto maternal no existe»
- 255 Capítulo 22**  
Carolina del Olmo, filósofa: «Hemos perdido la posibilidad de ser mujer trabajadora y madre al mismo tiempo»
- 271 Capítulo 23**  
José Luis Casero, empresario: «Conciliar significa cambiar las prioridades»
- 283 Capítulo 24**  
Marga León, profesora de Ciencias Políticas: «El gasto en pensiones y desempleo hipoteca el gasto social»
- 297 Epílogo**  
El legado: ¿Hay que elegir entre ser madre o trabajadora?

Cada uno recorre su propio camino de la conciliación, con hijos o sin ellos, con pareja o en soledad. No hay reglas. Ni recetas mágicas. Ocurre que como mujer siento que hay algo de la liberación femenina que me he perdido. O no era lo que me contaron o me engañaron. En estas páginas reflexiono sobre mi propia experiencia y pregunto a especialistas en sociología, pediatría, psicología, empresa, política y otras disciplinas qué podemos hacer para ser más felices con la vida elegida.

## Capítulo 1: Yo concilio. Tú concilias. ¿Él concilia?

Conciliar en España es un deporte de riesgo. Y femenino. Eso quiere decir que, aunque se consiga el éxito, de la gesta se hablará poco. Muy poco. Da igual llegar a la final, a la meta y ser las campeonas mundiales de la conciliación. Nadie lo sabrá. No interesa. Habremos superado todas las marcas posibles, pero nunca seremos noticia. Los empresarios jamás tendrán en cuenta el poder organizador de una madre trabajadora que cuadra balances a final de mes con la misma alegría y eficiencia que planifica menús semanales, escribe en el WhatsApp de padres del colegio o prepara las mochilas para los campamentos. No se sabe muy bien por qué, no se mide con el mismo rasero. Tener hijos es interpretado como un menor compromiso en el trabajo o se equipara con un desinterés de serie, sin cuestionar cuáles son las motivaciones o circunstancias de cada familia. Como decía Tolstói en el comienzo de *Anna Karenina*, todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera. Que gocen de un marco capaz de acoger distintas formas de organización, según decidan, es una de las principales asignaturas pendientes de un país cuyo gasto en familia sigue siendo uno de los más bajos de la Unión Europea.

La madre trabajadora sabe que su implicación laboral se traduce de forma inversamente proporcional al número de hijos y a sus características. Si creía que la igualdad había llegado a todos los ámbitos, probablemente se sorprenda al ver la reacción de sus jefes al comunicarles el embarazo. Adiós al ascenso,

estuviera o no previsto. La ecuación de los departamentos de recursos humanos suele ser la siguiente: más hijos igual a más dedicación familiar y menos a la empresa. Así que despejan fácilmente la incógnita y ya no contarán jamás con esa trabajadora para puestos de responsabilidad. Eso en el mejor de los casos. Lo habitual es pasar a una suerte de lista negra en la que priman las jornadas reducidas, el trabajo precario y parcial, así como destinos en la empresa poco motivadores. ¡A galeras! ¿Qué ha pasado para que eso ocurra? ¿Esa mujer, ahora madre, ha perdido por arte de magia todas sus cualidades para el empeño laboral? ¿Ha olvidado de pronto todo lo que sabía? ¿En qué momento la experiencia dejó de valer? ¿Por qué el hombre que se sienta a tu lado mantiene intactas sus posibilidades de ascenso? Ya cobra más que tú porque él, que también acaba de ser padre, no ha pedido una reducción de jornada. Apenas un 7% de los varones optan por trabajar menos horas para cuidar a sus hijos.

Hasta ahí, lo habitual. La situación se complica si el hijo necesita más cuidados por tener algún tipo de discapacidad o por pasar periodos en el hospital. Ya puedes volver a pensar cómo te organizas la vida. Desde cero. Necesitarás más dinero y más medios porque el Estado no te dará gratis ni siquiera lo básico. Olvídate de dejar el trabajo. Lucharás por mantenerlo. Porque tu pareja, si tienes, no ganará lo suficiente para sustentar a toda la familia. Signo de nuestros tiempos. Conciliar es más difícil ahora que hace cuarenta, incluso veinte años, debido a que la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral no ha venido acompañada de medidas que permitan tener una familia. En los años cincuenta, el 16% de la población femenina española tenía un empleo. En 1975 era el 28%. Las mujeres que accedían al mercado de trabajo eran jóvenes y solteras. En la mayoría de los

casos, las amas de casa no salieron de su hogar. Como decía la histórica feminista, militante del PSOE y de UGT, Carlota Bustelo, en un artículo publicado en *El País* en 1983, aunque la Constitución recogía que todos tenemos derecho y deber de tener empleo, muchas personas seguían pensando que las mujeres casadas que trabajaban le estaban quitando el puesto a un parado varón. Ahí es nada. Ya en 1987, la tasa de actividad de las mujeres era del 32% y, en la actualidad, ronda el 59%. En poco más de tres décadas, hemos pasado de preocuparnos porque las mujeres quitaban el trabajo a los hombres a que reducir el paro femenino sea una prioridad. La mujer ha salido al mundo laboral, ha llenado las aulas de las universidades y las oficinas de las empresas, pero no ha llegado en la misma proporción a los puestos de responsabilidad. El número de directivas en 2018 se ha estancado en el 27%, la misma cifra del año anterior.

La conquista de los derechos femeninos en España ha sido a cuentagotas. Cuando nací, en 1977, no podías divorciarte ni abortar. Cuando mi madre llegó a este mundo, a las mujeres les estaba vetado presentarse a oposiciones de judicatura, registros y notarías o diplomacia, firmar un contrato de trabajo, sacarse el carné de conducir o abrirse una cuenta en el banco sin la autorización de su marido. Si se acostaban con otra persona estando casadas iban directas a la cárcel por adúlteras. Todo muy normal. Al menos, había sufragio femenino, algo que mi abuela no conoció hasta la Segunda República. Son los hitos históricos, el trazo grueso de una sociedad lastrada por la losa de casi cuarenta años de dictadura. Lo que vino después, esas ganas de parecernos a Europa y de quitarnos una caspa perenne, estuvo plagado de luces y sombras. No solo en lo que se estudia en los libros de Historia, sino en el día a día de muchas familias.

Crecí en un ambiente muy contradictorio respecto al sexo. En 1990, la televisión y las revistas juveniles lanzaban el famoso anuncio sobre el uso del preservativo, «Póntelo. Pónselo», que normalizaba y alertaba de la importancia del uso de métodos anticonceptivos; en casa, las mujeres de mi familia me conminaban a llegar virgen al matrimonio. Bueno, todas menos mi abuela, capaz de hablar conmigo de sexo con la misma naturalidad que una amiga. ¿Cómo asumir ambos mensajes? ¿Quién tenía razón? ¿Debía «reservarme» para el matrimonio o hacer caso al anuncio promovido por el Gobierno de Felipe González? «El preservativo es el medio más eficaz para la prevención de embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual», decía una voz muy seria después de ver la escena en un gimnasio, en la que los chavales se levantan reivindicando como suyo un preservativo ante la pregunta inquisitorial del director del instituto. Una idea liberadora para los jóvenes, que desde luego no era interpretada de la misma manera si eras chica o chico. Ellos nunca tenían hora de vuelta a casa. A nosotras, los peligros nos acechaban por todos lados. No ha cambiado mucho desde entonces y yo ahora me pregunto qué le diré a mi hija cuando me pida salir por la noche. Qué hora le pondré de llegada o si se escapará a escondidas como hacía yo ante la negativa de mis padres de alargar. En este ambiente, conocí tres casos, uno de ellos muy cercano, de chicas menores que se quedaron embarazadas. Una de ellas era muy amiga mía, pero le perdí la pista porque su familia decidió que tendría al hijo y que se mudaría de ciudad para no sufrir un supuesto escarnio público. Corría el año 1993. Las otras chicas, que yo sepa, abortaron.

El mensaje familiar de no tener sexo antes del matrimonio iba de la mano de otro. Estudia una carrera, consigue un buen trabajo y sé independiente

económicamente. No necesitas un hombre a tu lado para ser feliz. Entonces, ¿por qué no debía acostarme con nadie antes de casarme? Para mi madre ya era un inmenso avance el hecho de que yo pudiera estudiar como lo hacían mis hermanos. Ella no tuvo la misma suerte. Pasado el tiempo me confesó: «Hija, he aprendido mucho contigo». Lo dijo años después de haber encontrado en mi bolso un paquete de tabaco, junto a una caja de pastillas anticonceptivas, y lustros más tarde de mis negativas recurrentes a recoger la mesa o limpiar la casa si mis dos hermanos no lo hacían también. El aprendizaje ha sido mutuo. Y fructífero. Mi madre quería estudiar Medicina. No pudo. Cuando le pregunto qué le hubiese gustado ser, siempre me responde lo mismo: un hombre.

Como tantos otros, mis hermanos y yo fuimos los primeros en la familia en tener estudios superiores. La mayoría de mis compañeras de colegio tienen ahora trabajo y gozan de independencia económica. Sin embargo, sus parejas suelen ser las que más dinero ganan. Con el embarazo llega la pregunta: ¿qué hacemos con los niños? Se barajan todas las opciones, desde contar con algunos miembros de la familia hasta contratar a alguien, si se puede. Se hacen malabares con las dieciséis semanas por maternidad, más las de paternidad, más lactancia, más vacaciones. ¿Cuál es el resultado y su impacto en el mundo laboral? Según el informe de 2014 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), *Maternidad y paternidad en el trabajo*, solo el 55% de las mujeres regresaba al trabajo y al horario que tenían antes de dar a luz, frente al 100% de los hombres. Un 35% de madres volvía con un contrato a tiempo parcial o con una reducción de jornada, un 7% renunciaba al trabajo y un 3% lo alcanzaban las mujeres despedidas. Los datos son fruto de encuestas realizadas durante 2012. En su primer

informe mundial sobre la economía de los cuidados, la OIT concluía ya en 2018 que al menos 2,5 millones de mujeres en España no pueden acceder al mercado laboral por tener que hacerse cargo de los cuidados en el ámbito familiar. En el caso de los hombres, la cifra se reduce a 181.000.

¿Cómo se entiende que Suecia tenga uno de los permisos de maternidad más elevados de Europa y también la mayor tasa de empleabilidad femenina? El 80% de las suecas están en el mercado laboral, frente al 59% de las españolas, siete puntos por debajo de la media de los países de la Unión Europea. A pesar de estos datos, es innegable que, teniendo en cuenta de dónde venimos, la mujer en nuestro país ha conquistado el trabajo remunerado, pero el hombre no ha hecho lo mismo con los cuidados y las tareas domésticas. La consecuencia es que la conciliación en España tiene mayoritariamente rostro de mujer. Solo dos de cada diez hombres comparten en igualdad las tareas de limpiar y cocinar, según el Barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) de mayo de 2017. Más del 60% de las mujeres realizan solas esas tareas y los hombres dedican sus labores a «pequeñas reparaciones» de la casa. Hay datos para aburrir y todos son abrumadores. Las mujeres en España se ocupan más del cuidado y de la educación de los hijos y de las tareas del hogar que la media de la Unión Europea, según datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) a partir de cifras de Eurostat. El 95% de las mujeres españolas se hace cargo de hijos y casa frente al 68% de los varones. La OIT calcula que, a este ritmo, la brecha de género de los cuidados se cerrará en 2054. Las mujeres dedican 4 horas y 23 minutos al día en cuidados y tareas domésticas, frente a las 2 horas y 6 minutos de los hombres.

Cuando acababa de parir, una vecina me preguntó si lo iba a criar yo. Reconozco que no entendí en ese momento qué quería decir y balbuceé algo así como: «Claro, es mi hija». Luego caí en la cuenta de que la hija de esa vecina llamaba mamá a su cuidadora con una naturalidad pasmosa. Era la cuidadora quien se había encargado de ella desde los dos meses. Esa familia pudo elegir lo que mejor le venía y decidieron no renunciar ni un ápice a la vida laboral de ninguno de los progenitores a la vez que ejercían, a su manera, la maternidad y la paternidad. Ojalá todos pudiéramos optar libremente por lo que nos pareciera mejor.

## Capítulo 2: ¿Cómo voy a tener hijos si no puedo ni pagar el alquiler?

Acaba de cumplir treinta años y no ve la manera de independizarse de sus compañeros de piso. Comparte casa desde que llegó a Madrid a estudiar la carrera. No sabe si quiere tener hijos, pero sí una nevera para él solo. Y un sofá mullido para echarse siestas en silencio. Es bueno en su trabajo y lo disfruta cada día. Solo hay un inconveniente. Está atrapado. Sin posibilidad de un ascenso o de mejorar su sueldo. Los jefes lo tienen en alta estima. Por eso le recomiendan que si quiere mejorar sus condiciones laborales debe irse a otra empresa que le pague más. Bendita sinceridad.

Los precios de alquiler han subido en el último año un 14,5% frente al 7,7% de la venta, según datos de Idealista de noviembre de 2018. Los sueldos continúan estancados. El salario medio en España fue de 23.156 euros en 2016, según el INE, un incremento del 0,2% respecto a años anteriores. El pillaje de los fondos buitre y de inversión ha desestabilizado un mercado tradicionalmente frágil en España. Basta recordar la novela *El pisito* de Rafael Azcona, que fue llevada al cine en 1959. Una pareja no puede casarse, tras doce años de relación, porque no tiene piso e idea una treta: que el novio contraiga matrimonio con Doña Martina, una anciana y enferma casera, para poder heredar pronto.

PETRITA: Yo creo que lo mejor es que te cases con la vieja.

RODOLFO: ¿Con la vieja?

PETRITA: Sí, Rodolfo sí. Luego se muere. Y podemos ser felices.

La historia surge de un hecho real ocurrido en Barcelona. Quizá el neorrealismo sea la única manera de afrontar la situación. Aunque el surrealismo tampoco sería descabellado.

La época de las vanguardias artísticas pasó a mejor vida. Ahora nos quedan las sociedades líquidas, que radiografió el sociólogo polaco Zygmunt Bauman. Un mundo, el actual, inestable y sin valores duraderos. El fin de la era del compromiso mutuo. Del trabajo y el amor para toda la vida. La instauración del individualismo y la desigualdad como bases de la existencia. La necesidad de unas redes sociales que sostengan la propia imagen frente al resto y a nosotros mismos. ¿Qué más podemos pedir? Tenemos un trabajo, ergo somos afortunados. Otros están peor. El pequeño inconveniente es que nos faltan cuatro paredes y un techo. En la sociedad líquida también se come. Viví en una casa preciosa con un alquiler rebajado por la crisis hasta que los caseros decidieron regalársela a su hijo con motivo de su boda. No les culpo, pero experimenté momentos de profunda angustia. Ellos, jóvenes, no tenían posibilidad de comprarse nada. Como yo. Pero ahí estaban mamá y papá para hacerles la vida más fácil. Ese no era mi caso. Una suerte que algunos pueden disfrutar. Es cierto que hay una generación de clase media que atesora ladrillo como oro en paño y no entiende que sus hijos, sin un euro, tengan pasión por viajar o pedir comida a domicilio, en lugar de hacerse una tortilla en casa. Hordas de treintañeros acusados de vivir por encima de sus posibilidades por comprar un billete a diez euros en Ryanair con destino a Pisa, cuando sus padres aún no han pisado Italia. Tampoco han oído hablar de la pobreza laboral que afecta a los jóvenes en su mayoría. Es una de las novedades más perversas de la supuesta salida de la crisis. Ríete de los mileuristas que lamentaban su suerte hace algo más de una década.

Meses y horas de desvelo me costó encontrar un lugar digno para vivir y que pudiera pagar. Agradecí a la crisis haber bajado los precios, aunque no tanto como mi sueldo. Sobrevivimos al envite casi todos, menos los más de dos mil libros y varios muebles que hubo que donar porque no cabían en el nuevo hogar.

España lidera la pobreza laboral de la Unión Europea. El 15% de los hogares cuenta con al menos un trabajador que vive por debajo del umbral de la pobreza. Tener un empleo no garantiza una vida digna. ¿Si no tienes un lugar para vivir, cómo te vas a plantear tener un hijo? Cualquiera no puede optar a descendencia. Hay que poder permitírselo. ¿O quizá debemos idear una suerte de nueva comuna familiar, tribu urbana que viva bajo el mismo techo y reparta las tareas domésticas y de cuidados de la prole en una tabla de Excel pegada a la puerta de la nevera? Todo puede ser. El ingenio y la penuria no tienen límites. Sobrevivir bien para vivir mal. La recuperación económica ha favorecido cuatro veces más a los ricos que a los pobres. Según un informe de Oxfam Intermon, el 1% de la población española más pudiente acapara la cuarta parte de la riqueza nacional. Los beneficios de las empresas se han disparado un 200% desde 2013 mientras los jóvenes que acceden al mercado laboral cobran un 33% menos que en 2008. Bien. ¿Qué cesto construimos con estas mimbres? El de la frustración y el engaño. En cambio, ¿quiénes son los que han salido a la calle para reivindicar sus derechos? Los pensionistas. Son los únicos que tienen tiempo. El resto está pluriempleado o amodorrado bajo los retuits y el mundo ilusorio instagramer. Desde luego, es mucho más reconfortante que la realidad. El grito de «¡Precarios del mundo entero, uníos!» no ha calado mientras avanzan las familias precarias, los hijos precarios y las vidas precarias. Una nueva clase social transversal que no entiende de

edades, sí de sexo. Ellos salen mejor parados en cualquiera de las estadísticas. Los hombres ganan una media de 25.924 euros y las mujeres se quedan en los 20.131.

No se sabe a ciencia cierta cuál es la edad en la que uno deja de ser joven, solo que sigue aumentando. Depende de para quién. Los bonos transporte de Madrid dicen que hasta los veintiséis años. Las ofertas de Paradores que hasta los treinta y los bancos que ofrecen ventajas para compra de vivienda, llegan a los treinta y cinco. En esa época confusa en la que aún buscas un lugar en la sociedad o ya has renunciado a hacerlo, es cuando llega el primer hijo. Como media, las españolas lo tienen a los treinta y uno. Se suelen quedar ahí porque la media por hijo está en 1,3. En la década de los setenta, la edad media era de veintiséis años. Como media, los hombres son padres a los treinta y tres. En 1980 lo eran a los treinta. La presión social para crear una familia está ahí, pisándote los talones a cada paso como en la famosa escena de la fumigadora de *Con la muerte en los talones* de Hitchcock, con un Cary Grant a merced de las circunstancias. Sin respiro. ¿Cuántas parejas se han roto porque uno quería pasar a la acción y el otro no? Conozco a algunas. Nunca es el mejor momento para reproducirse. Trabajo fijo y bien remunerado para ahorrar y pagar la entrada de un piso es el ideal que muchos esperan. Y se quedan atrapados en los treinta o en los cuarenta años. Sin avanzar en el mejor de los casos, lo que significa conservar el empleo. Así que tienes dos opciones: liarte la manta a la cabeza y cruzar los dedos o esperar a que las cosas sean como esperas. Es la historia de nuestro país en las dos últimas décadas. Menos libertad para tomar decisiones, más plegados a las apetencias de los empresarios.

Con la llegada de la crisis, la natalidad bajó y los colegios privados se vaciaron porque ya no se podían pagar. Conseguir plaza en la escuela pública se puso más

complicado y la ayuda de 1.500 euros por hijo, el llamado cheque bebé del por entonces presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, desapareció. Malos tiempos para la lírica. El drama tocó por varios costados a las familias. El agobio de no saber cómo te vas a ganar el sustento y el de los tuyos. El regreso a la casa de los padres porque no se podía hacer frente a un alquiler o a una hipoteca. Pero esta vez con una pareja y varios hijos. Donde comen dos, comen ocho. Los desahucios que impactaban en la línea de flotación de la clase media. Del vecino. Del amigo. Del tendero. Siempre pensamos que no nos tocaría. Que eso era algo que les ocurría a otros muy distintos a nosotros. Nos equivocamos y, al descubrirlo, se abrió la caja de Pandora de los miedos. Reconocer a antiguos compañeros de trabajo en la cola de los comedores sociales, preguntarnos de forma íntima qué entendíamos por dignidad y cuánto podríamos aguantar aquello. Aún tengo en la memoria el timbre de voz de una madre, sordo y amargo, cuando llamó a la radio. Dijo que nadie, ningún político, ningún banquero, ningún empresario podía explicarle a su familia qué era la austeridad que propugnaban como receta para salir de la crisis. Que ella lo sabía muy bien. Que austeridad era no tener que poner a sus hijos de comer encima de la mesa cuando tenían hambre. Silencio. Fue en septiembre de 2011, cuatro meses después de la acampada en Sol del 15-M.

Reza el dicho que cuando el dinero sale por la puerta, el amor salta por la ventana. En cambio, los divorcios durante la crisis se estancaron. Si echabas un ojo alrededor era fácil saber por qué. Imposible irse a vivir solo. Alguno de los dos se había quedado sin trabajo. No había dinero. Más complicado si había hijos de por medio. Como dice uno de los protagonistas de la novela de Isaac Rosa, *Feliz final*, el divorcio llegó

a ser concebido como un derecho al que aspirar y una liberación en la madurez. Ahora solo puede hundirte en las profundidades del escalafón económico y social. Aun así, las familias monoparentales han aumentado casi un 80% en nuestro país en los últimos años y nueve de cada diez están formadas por mujeres. Claro que no solo son separados sin custodia compartida, sino viudos o solteros. Las complicaciones para conciliar en estos casos se multiplican.

Con este panorama, el joven de treinta años que aún no ha logrado emanciparse de sus compañeros de piso, se pregunta si algún día lo hará, si realmente quiere formar una familia o irse a Tombuctú a probar suerte. Con el regusto amargo de verse en un callejón sin salida. Su vida estaba bien con veintipico, ahora reivindica cierta intimidad. Ha esperado diez años a que pasara la crisis para avanzar. ¿O es esta la única vida a la que puede aspirar?

¿Qué tal? Esperamos que te esté gustando. Te dejamos ahora con las portadillas de las entrevistas para que veas que buena pinta tienen. ;)



# Álvaro Bilbao

Neuropsicólogo  
y autor de *El cerebro del niño  
explicado a los padres*

---

«Tener hijos  
en España es ser  
un valiente»

---



# Carlos González

Pediatra y  
autor de *Bésame mucho*

---

«Conciliar es  
poder llevarte al  
hijo al trabajo»

---



# María Jesús Álava

Psicóloga y autora de  
*La inutilidad del sufrimiento*

---

«Aunque la legislación  
haya avanzado, ahora es  
más difícil conciliar que  
hace quince años»

---



# Marta Sanz

Escritora y doctora  
en Filología

---

«No sé si me quiero  
empoderar, hay que buscar  
otro término rápidamente»

---



# Teresa Castro

Demógrafa

---

«El problema es el trabajo precario, no que nazcan menos niños»

---



# Rosa Jové

Psicóloga y autora de  
*Dormir sin lágrimas* y *La crianza feliz*

---

«Tengo la fórmula  
de la conciliación»

---



# Leila Guerriero

Periodista y escritora

---

«Querer tener un hijo  
compete por igual a un  
hombre que a una mujer»

---



# María Pazos

Miembro de la Plataforma  
por Permisos Iguales e Intransferibles  
(PPIiNA)

---

«Feminismo o  
hecatombe»

---



# Patricia Merino

Antropóloga y autora de  
*Maternidad, Igualdad y Fraternidad*

---

«Los permisos iguales e  
intransferibles no eliminan la  
discriminación laboral de la  
mujer»

---



# Ibone Olza

Psiquiatra infantil,  
cofundadora de El Parto es nuestro  
y autora de *Parir*

---

«Ser madre no es lo mismo  
que ser padre, la biología es  
políticamente incorrecta»

---



# Beatriz Gimeno

Activista feminista  
y escritora

---

«El instinto  
maternal no  
existe»

---



# Carolina del Olmo

Autora de *¿Dónde está mi tribu?*  
*Maternidad y crianza en una sociedad individualista*

---

«Hemos perdido la posibilidad  
de ser mujer trabajadora y  
madre al mismo tiempo»

---



# José Luis Casero

Presidente de Arhoe y  
socio director de BLC Comunicación

---

«Conciliar  
significa cambiar  
las prioridades»

---



# Marga León

Profesora de Ciencias Políticas  
en la Universidad Autónoma de Barcelona

---

«El gasto en pensiones y  
desempleo hipoteca el gasto  
social»

---

Pues nada, ahora sí, hasta aquí el  
adelanto. Esperamos que te haya  
gustado.

**LIT-  
ERA**